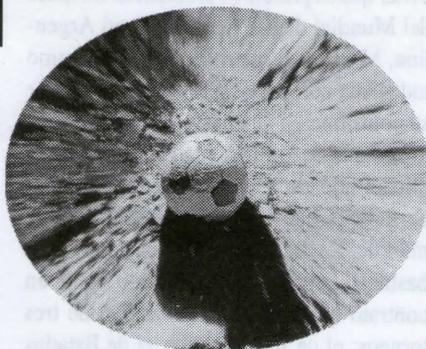


El fútbol de la era global



Danilo Trelles

Sería ingenuo pensar que los episodios Sbochornosos que se han registrado en los últimos tiempos en diversos campos del deporte son ajenos a los problemas que afectan a la situación general del mundo. El sistema global, cuya implantación afecta no sólo a la economía, la política y los sistemas sociales, se ha infiltrado en las costumbres, las relaciones humanas e incluso, también, en el deporte.

Ultimamente he leído en la prensa española con bastante frecuencia denuncias documentadas acerca del estado de corrupción que se vive en el fútbol. No debería asombrarnos por lo tanto que, a esta altura de la situación, trasciendan la historia de negociados, a través de los cuales han crecido las fortunas de sus dirigentes, por cuanto todo esto forma parte de un sistema político que los promueve y los protege.

Estos personajes que llenan los espacios de periódicos, radio y televisión han hecho fortuna mediante procedimientos mafiosos, progresando no sólo en la escala social y política sino demostrando también en sus intervenciones públicas una falta absoluta de sentido moral y de educación.

Para nadie es un secreto qué tendencias políticas abrazan estos señores, a veces tan impresentables que avergüenzan hasta a sus propios líderes, que eluden toda relación con ellos, no obstante facilitarles, por otros caminos, negocios y negociados. Son racistas desenfrenados, han llegado a insultar a sus propios jugadores por el color de su piel o simplemente por su nacionalidad de origen. Han estimulado el desarrollo de bandas que concurren a los partidos no para ver un espectáculo deportivo

sino para dar rienda suelta a sus más bajos instintos. Los triunfos de sus equipos se festejan a menudo destruyendo o ensuciando los monumentos públicos, en peleas a navajazos y cachiporras, en actos encabezados por sus propios dirigentes, en los que la tónica no es la alegría por los triunfos de sus equipos, sino la exaltación del gamberismo y la violencia. Todo esto se produce en medio de un clima autoexculpatorio al punto de que un atentado en medio de estas violencias no es juzgado con la misma vara que un episodio policial común.

Sin duda esta situación es consecuencia de un estado de cosas en que el deporte ha dejado de ser un espectáculo de sana competencia para transformarse en un sucio negocio donde proliferan los métodos que predominan hoy en la sociedad de consumo. La finalidad es aplastar al adversario a cualquier precio, ya sea destrozándolo las piernas, tratando de alejarlos de las competencias el mayor tiempo posible o «robándoles» a los clubes sus mejores figuras mediante procedimientos deshonestos que nada tienen que ver con las prácticas deportivas. Cada club posee ahora funcionarios especializados en descubrir futuras estrellas. Se trata de identificarlas a ojo ya que el sistema no ha alcanzado todavía un grado de sofisticación que permita ciertas garantías con relación a la selección de las figuras contratables. En el sistema proliferan «contratistas», especie en auge desde hace tiempo, cuyas funciones son las de ser intermediarios entre los clubes y las futuras estrellas. Muchos de ellos funcionan al margen de las disposiciones legales. Se ha denunciado recientemente que, aprovechándose de que los clubes en

los países del Tercer Mundo son considerados como sociedades civiles y por lo tanto se amparan en un régimen de liberalización de impuestos, los «contratistas» los utilizan como intermediarios en la contratación de grandes figuras. Asombraría conocer por ejemplo que Maradona fue transferido al Nápoles desde un club de segunda división de Uruguay (Central Español) y lo mismo ocurrió en el caso de Roberto, transferido al Real Madrid desde el mismo club de Montevideo el 21 de marzo de 1997.

Por esta intervención los pequeños clubes reciben naturalmente de los «contratistas» insignificantes comisiones, a cambio, por supuesto, de facilitar la evasión de impuestos. Cuando se manejan tan importantes sumas como las que se anuncian cada temporada se tiene una idea de los millones que se estafan a los erarios públicos de los países más pobres del mundo.

Todo esto ocurre con aprobación de la Federación Internacional de Fútbol Asociado (FIFA), que debería controlar a los «contratistas» que funcionan con licencias que ellos les otorgan y que permite estas prácticas. Pero esto no es lo más grave, sino flecos de una situación mucho más escabrosa.

Los clubes de fútbol son ahora organizaciones comerciales pertenecientes a individuos privados (el Milán de Italia a Berlusconi, el Juventus a Agnelli, el Parma al industrial Parlatat) o a sociedades anónimas como gran parte de los clubes españoles. Es lógico que en esta situación los procedimientos comerciales desborden las reglas de ética que deberían presidir los deportes.

En este cuadro la FIFA ha ido más lejos todavía. En permanente simbiosis con los acontecimientos mundiales ha servido de vitrina a las causas más execrables. En 1934 la Copa del Mundo tuvo lugar en Roma en un campo que se llamaba entonces Estadio Fascista. El cartel Oficial mostraba un futbolista haciendo el saludo fascista. El presidente de la Federación Italiana de fútbol, general G. Vaccaro, declaraba en las instancias inaugurales: «La finalidad última de esta manifestación será mostrar al mundo lo que es el ideal fascista del deporte». En 1938 la Copa del Mundo tuvo lugar en Francia. En Austria, el Anschluss había sido consumado y la FIFA

legalizó la situación aceptando que la selección alemana fuera integrada por jugadores austríacos. Con el mismo criterio los judíos fueron excluidos. De esa manera la FIFA oficializaba la anexión de Austria, legitimando la política agresiva, racista y antisemita de los nazis.

En 1942 la FIFA había preseleccionado a Alemania para organizar la Copa del Mundo que al final debió cancelarse por la guerra. En 1962 la Copa del Mundo fue organizada en Chile, país dirigido entonces por una oligarquía estable cuyo factor dominante no era por supuesto la democracia. En 1970 México organizó la Copa del Mundo pese a que en 1968 centenares de personas habían sido masacradas en la Plaza de Tlatelolco y una campaña internacional aconsejaba la suspensión de los juegos por el clima de violencia que se había apoderado del país.

1978 fue el año de la Argentina. Centenas de millones de dólares fueron invertidos por la Junta Militar presidida por Videla, mientras más de 30.000 personas eran torturadas y asesinadas en las prisiones de la dictadura. A pesar del boicot decretado por un Comité Internacional contra los juegos, la FIFA los confirmó y aprobó las medidas de seguridad adoptadas por Videla.

En 1977 la URSS debía enfrentar a Chile para decidir quien participaría en los próximos juegos.

Después del golpe de Pinochet y de la transformación del Estadio de Santiago en un campo de concentración y de tortura, los rusos consideraron una afrenta que se realizara allí un encuentro de fútbol y rehusaron al partido. La FIFA no se planteó problemas morales: excluyó a la URSS y seleccionó a Chile para participar.

Al margen de estos ejemplos tomados a vuelo de pájaro, sin duda en el seno de la organización, a través de los responsables o de quienes los respaldan, existe una conciencia claramente definida en el aspecto político y difícilmente identificable con cualquier propósito de exaltación del deporte, finalidad esencial que debería definir las actividades de la FIFA. Pero veamos otro aspecto de la cuestión que ayuda a definir, mejor que nada, cuáles son los propósitos que animan a la organización. Es el capítulo de las cuentas.

Las cuentas de la FIFA son un secreto bien guardado, pero a veces no pueden

evitar que se presenten problemas. Después del Mundial de México, que ganó Argentina, Maradona, que había recibido como todos sus compañeros 35 mil dólares por su contribución al triunfo, reclamó que el presidente de la FIFA Joao Havelange explicara adónde irían a parar los millones de dólares que la FIFA obtendría por el mundial de Italia. Las respuestas fueron bastante amplias, por lo pronto había un contrato que cubría la realización de tres torneos: el de Italia (1990), el de Estados Unidos (1994) y el que se realizó en Francia en 1998. El consorcio Internacional de Televisión pagaría a la FIFA 150 millones de dólares por los derechos de esos tres torneos en tanto que la firma ISI-ADIDAS abonaría 600 millones por los derechos de publicidad en todos los estadios, la explotación de la película oficial, derechos de videos, símbolos y mascotas. Claro que las cuentas no fueron tan sencillas. Italia rompió con la regla de oro y llegó a un acuerdo a través del Comité Olímpico Local para no quedar fuera del negocio.

Así quedaron por un lado los sponsors oficiales del torneo contratados por ISI-ADIDAS: Anheuser-Bush, Alfa Romeo, Canon, CocaCola, Fuji, Guillete, JVC, Mars, Philips y Vini de Italia. Cada una de estas diez firmas pagaron 12 millones de dólares por el programa «Intgersoccer 98» (que incluía los tres mundiales de la década), aunque no quedó del todo claro en qué forma la FIFA y la ISI se habían repartido el botín.

En segundo lugar estaban los ocho patrocinadores oficiales del COL, todas empresas líderes italianas, cada una de las cuales pagó seis millones de dólares: Alitalia, Banca Nazionale del Lavoro, Ina Assitalia, Ferrovie dello Stato, Fiat, Olivetti, Stat y la RAI.

Como si todo esto no alcanzara fuera de las estructuras oficiales se creó un sexto nivel de patrocinadores denominado **Amigos del Mundial**. Funcionó solamente en Italia y consistió en la prestación de servicios para personajes VIP o veinte aterrizajes de helicópteros en partidos claves para realizar entrevistas por los cuales Telemontecarlo pagó 8 millones de dólares.

Las respuestas a Maradona fueron bastante explícitas. Lo que no se aclaró nunca sin embargo fue cómo se había repartido aquel inmenso pastel. Mencionaron si el

hecho de que las críticas a la FIFA no se acordaban del capítulo de los gastos que alcanzaban sólo para el mantenimiento de las delegaciones la suma de 120.000 dólares diarios.

Sin embargo para abaratar los costos, ya entonces se tomaron medidas prudentes. En el futuro los torneos mundiales se limitarían a 24 participantes en lugar de 32 y los partidos, en caso de empate, se definirían por penales, solución, a juicio de jugadores y de profesionales, muy cercana al azar y con muy poca relación con lo estrictamente deportivo. Un último aspecto que desearíamos mencionar es el apañeo de los sorteos. Normalmente los partidos se deciden mediante este procedimiento. Pero en la FIFA las leyes del azar desafían a las matemáticas. La astucia consiste en saber a qué equipos hay que favorecer para asegurar un mejor desarrollo de los torneos. El primer punto es definir los cabezas de serie, que tienen el inmenso privilegio de enfrentar al comienzo de la competencia a los equipos más débiles, estando así casi seguros de ganar. A fin de asegurar el éxito económico del torneo, se evita que compitan entre sí.

Aunque esta nota podría extenderse pues quedan muchos problemas por comentar, no quisiera cerrarla sin una mención expresa al tema de los jugadores. Como se ha demostrado la finalidad esencial del espectáculo del fútbol es el lucro. Para estimularlo las competencias se han multiplicado. Los jugadores deben afrontar ahora hasta tres partidos semanales, a veces interpolados por viajes de miles de kilómetros. Descienden de los aviones muchas veces directamente a los estadios y retornan precipitadamente para llegar a tiempo al próximo encuentro.

Los dirigentes que manejan este negocio no tienen en cuenta que un largo viaje exige un período de adaptación que, en las personas normales, es de varios días. Se agregan además las lesiones y el estrés lógico que provocan las actuaciones. Ningún argumento parará los pies a estos magnates del fútbol. Necesitan de las estrellas para que el estadio se llene «hasta la bandera», aunque sobre el césped 22 agotados jugadores deambulan acosados por los rugidos de los fanáticos que les exigen la piel del adversario. Así son las reglas de este turbio deporte en la era de la globalización. ♦